

Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí, bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huido!
¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente,
Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar, y sin vivir.

CUADRO DÉCIMO

LA VISIÓN

Entre diáfanas nubes columpiada
La luna solitaria, reverbera,
Como la blanca virgen prisionera
Al través de la reja del harén.
Los juguetones céfiros süaves,
La cubren luego con flotante velo
De móvil gasa, que el cristal del cielo
Va empañando con trémulo vaivén.

Desparece su disco lentamente
Entre nieblas sin formas ni colores,

Y muertos sus postreros resplandores
Se condensa doquier la oscuridad.
Ya de luz vaga entre las turbias olas
El hondo espacio apenas se columbra,
Cual tras del tiempo el corazón vislumbra,
Sin principio, sin fin, la eternidad.

Y ora las nubes, que amontona el cierzo,
De aquí, de allí, se buscan y se hallan,
Se apiñan, se condensan, y amurallan
Negras, cielos y tierra en derredor.
Recoge entre sus alas tenebrosas
La noche al mundo; crujen con estruendo
En el monte los árboles, cediendo
Al ímpetu del viento zumbador.

Y reina luego la presaga calma
Que asume la tormenta pavorosa
Cuando en quietud solemne se reposa,
Cual queriendo sus iras concentrar.
Y el aterrado mundo aguarda el rayo,
Como, en silencio, el botafuego ardiente,
Aguardan el combate, frente a frente,
Dos escuadras tendidas sobre el mar.

En el breve paréntesi, aun la brisa
Quieta y suspensa entre las hojas calla;
Pero parte el relámpago, y estalla
El trueno, y zumba el huracán del sur :
Tierra, aire y cielo abarca en su carrera;
El cóndor se horripila en su peñasco;

Busca el león del monte el hondo casco;
Entra á su cueva el escamoso albur.

Brama rodando á la merced del viento,
De la noche en el negro y hondo seno,
Sobre el carro arrastrado por el trueno,
Lanzando rayos, la alta tempestad.
Restallan rotas con fragor las nubes;
De su seno el granizo se desploma,
Y ni vampiro, ni reptil asoma
Del mundo á perturbar la soledad.

Forma la lluvia rápidos torrentes
Que hirviendo ruedan sus bramantes ondas,
Ya despeñados en cascadas hondas,
En crespos lagos detenidos ya;
Y venciendo el furor de sus raudales,
Y las rocas atlético escalando,
Entre la espesa oscuridad errando,
Hernán de prisa por la cuesta va.

Por la luz del relámpago alumbrado,
Envuelto entre el furente torbellino,
Del peligroso y áspero camino
Los obstáculos vence por doquier;
Y sigue, y sigue impávido la senda
Que ya salvó Gonzalo en su carrera;
Cual si el dedo de Dios le condujera,
Sigue sin vacilar y sin temer.

Arriba el choque eléctrico del rayo
Rompe las rocas, y á la luz del lampo,

Cunden piedras y troncos por el campo
Retumbando del monte en el confin;
Y al estrépito horrendo, y al azote
De la lluvia, constante y borrascoso,
Alza como un espectro doloroso
La cabeza, el caído paladín.

Y apoyado en la izquierda estremecida,
Y la faz levantando macilenta,
Si escucha, oye el bramar de la tormenta;
Si mira, ve del rayo el resplandor.
Y aunque su estoico espíritu relucha
Contra las iras del revuelto mundo,
Vuélvese á hundir en vértigo profundo
Vencido por la fiebre y el dolor.

Puéblase entonces el aura de figuras,
Y el espacio de insólitos sonidos,
Y oyen extrañas voces sus oídos,
Y extraña aparición sus ojos ven.
Tal vez de aquellas mágicas visiones
En la forma fantástica, inquieta,
Estén los raptos santos del profeta,
Y del mártir los éxtasis estén.

Si las vagas visiones de la mente
Nos parecen ensueños y quimeras,
Esas sombras errantes, pasajeras,
Forman parte también de la Creación;
Y al surgir, como larvas misteriosas
Ante la voluntad que las envía,

Á Baltasar sentencian en la orgía,
Y aperciben soñando á Faraón.

Abre Gonzalo atónito los ojos,
Y se los frota con la diestra inerme,
Y se pregunta si delira ó duerme,
Y volviendo á mirar, vuelve á dudar.
Dos mujeres de formas celestiales
Álzanse ante sus ojos fascinados,
Que, en arroyos de luz casi abrasados,
No pueden su presencia soportar.

Viste la una de blanco; y una antorcha
Lleva en la izquierda, y con la blanca diestra
Al adalid incrédulo le muestra
El cielo, única patria en que ella cree.
Llevada sobre el cóncavo arco-iris,
Que á sus costados en creciente asciende,
En él la forma virginal suspende,
Sobre el liviano y empinado pie.

Sus entreabiertos y rosados labios
Orar parecen : por su sien tremola
De luz inquieta mística aureola
Que anima y baña su radiante faz.
Piensa Gonzalo que en su rostro encuentra
Las rasgos de Beatriz, su dulce hermana,
Virgen bendita en quien la forma humana
Fué de un ángel purísimo el disfraz.

Y una casta matrona va siguiendo
De aquella virgen la oscilante estela,

Que entre las sombras plácida riela,
Y disipa la noche con su luz :
Grave es su traje, su ademán humilde;
Mientras camina, lágrimas derrama,
Y de oliva de paz lleva una rama,
Y la sirve de báculo la cruz.

Reman en torno al aura iluminada
Con sus alas de púrpura y de oro,
Tiernos infantes, y en acorde coro
Hacen vibrar las arpas de marfil;
Y como en ondas de apacible lago
Que agita apenas, sin rizar, el viento,
Van; y al compás del blando movimiento
Al aire dan su cántiga infantil.

Tiende la mano el adalid caído
Y muévela diciendo : — En nada creo :
Esas formas fantásticas que veo
De mi delirio los abortos son.
¿ Quiénes sois? ¿ Qué queréis? Si existe el alma,
La mía nada teme y nada espera.
— Yo soy tu Fe — contesta la primera;
Y la segunda : — Soy tu Religión. —

GONZALO.

¡Ea! ¡pasad, imágenes vacías
Que mi débil espíritu burláis!
Nada sois vos sino ilusiones mías
Que á vuestro mismo autor atormentáis.

Sois de la fiebre el engañoso invento,
 Quiméricos delirios; nada más;
 Abortos de algún vil remordimiento,
 Que oculto mina mi valor quizás...

¡Ea! Pasad, fantasmas hechiceras,
 Ayer buscadas, desechadas hoy;
 Disipad vuestras formas embusteras,
 Dejad que muera : ¡sin honor estoy !

Años enteros, á los pies del Cristo,
 Perdón y gracia férvido imploré;
 Pero venir, cual hoy, nunca os he visto
 Á sostener mi vacilante fe.

Mientras pasaron esos largos años,
 De esta selva en la oscura soledad
 Me oculté, y oculté los desengaños
 Con que me atribuló la humanidad.

Y todo ser viviente ha recibido
 De mi entusiasmo, admiración, amor;
 Y á mi mismo opresor he redimido
 Por hacerme propicio á mi Criador.

Entonces ¡ay! necesité de ayuda,
 De auxilio superior necesité;
 Mas la deidad á mi oración fué muda
 Mientras sus pies con lágrimas bañé.

¡Oh! ¿por qué, para aliviar mi duelo,
 No os presentasteis, sombras, como aquí?

¿Por qué no me mandó su auxilio el cielo
 Cuando yo por piedad se lo pedí?

Decid, por qué, para agravar mi yugo,
 Para afigirme, atribularme más,
 El ser á quien más amo, es el verdugo
 Que ha de decirme — ¡Deshonrado estás!...

¡Disipaos, fantasmas vengadoras,
 Que venís á insultar la adversidad!
 Si; ¡pasad de tropel, como las horas
 Que lanza el tiempo á la honda eternidad!

Antes pude creer, pero ya es tarde :
 Sin riego ha estado el árbol de mi fe,
 Y, seco ya, del corazón cobarde
 Yo con mi propia mano le arranqué.

La injusticia del hombre ha conseguido
 Matar cuanto hubo generoso en mí :
 He invocado á mi Dios; me ha desoído;
 Quiero morir, pues todo lo perdí.

CORO.

Si mueres, en tu tumba maldecida
 Tus enemigos grabarán *Traidor*,
 Y *Réprobo*, en el alma del suicida
 Escribirá la mano del Señor.

GONZALO.

¡Traidor! ¡siempre traidor!... ¡Ah! yo sediento,
Gloria y honor busqué con frenesí,
Y conseguí la infamia y el tormento
En lugar de la gloria que pedí...

Si el suicidio es la puerta del infierno,
Tormento por tormento trocaré,
Y de un gran Dios bajo el castigo eterno,
Al hombre vil siquiera escaparé.

Venga el infierno, y venga de otro modo :
No puedo el de la infamia soportar.
Ya de mi ser no queda más que lodo;
No tengo honor; no tengo qué guardar.

Hasta Jesús en su virtud ileso,
¿Y de mi qué se dice? preguntó.
¿Cómo no ha de agobiar al hombre el peso
Que pudo casi estremecer á Dios?

CORO.

¡Virgen angélica
Del alba túnica,
Al hombre mísero
Ve por piedad!
Benigna muéstrale
Su senda única
Á la luz cética
De tu verdad.

¡Ven, ser magnánimo!
Disipa el vértigo,
Que agita trémulo
Su corazón;
Y vuelva su ánimo,
Del vicio émulo,
Sano y enérgico
Á la oración!

GONZALO.

¡No, no más oraciones humillantes!
Yo he sabido adorar, no sé temer;
Hoy ni temo ni adoro como antes :
¡Disipaos, dejadme perecer!

LA FE.

No : yo jamás consentiré en que mueras.
Dios á alumbrar me manda tu camino;
Sigue, hermano, la senda que ilumino.
Yo soy feliz, y al bien te llevaré.
Vengo del cielo, donde el alma, libre
Del peso vil de la materia grave,
Todo lo puede ver, todo lo sabe,
Lo que será, lo que es, y lo que fué.

Ten, Gonzalo, valor : mi Dios protege
Al infeliz que en su justicia espera
Y persiste en la senda verdadera
Que de la fe conduce á la salud.
Si tu opresor se obstina en degradarte,
No le temas por más que te persiga,
Porque el crimen se gasta, se fatiga,
Y sucumbe en la lid con la virtud.

De embriagarse en la sangre de un infante
Los primeros cristianos acusados,

Fueron por el tirano deshonrados,
 Que muerte infame en su furor les dió;
 Y reos del fantástico delito
 Los creyó el mismo veleidoso mundo,
 Que de amor luego en éxtasi profundo
 Altares á su gloria levantó.

Con agua de la fuente de su ciencia
 ¡Oh! lava de tus párpados la duda,
 Para que puedas ver limpia y desnuda
 La gloria mundanal de su oropel,
 Y entrar libre en el templo de la vida,
 Donde el honor jamás se menoscaba,
 Donde jamás nuestro deleite acaba,
 Y reina Dios y la virtud con Él.

Inmortal eres, inmortal el hombre
 Que te calumnia. Hay Dios : si no existiera,
 Impunemente perseguir pudiera
 Á la inerme inocencia el opresor;
 Mas no lo hará; que el poderoso muere
 Como el pobre mendigo, en su abandono;
 Y el rey en el sepulcro deja el trono,
 Como su choza el tímido pastor.

No, no lo hará; que en su balanza justa
 Pesa mi Dios virtudes y delitos,
 Y á los que fueren por su amor proscritos,
 Por cima de los reyes alzaré.
 Del Edén en las puertas deliciosas
 Cesan las jerarquías mundanales :

Allí todos los hombres son iguales,
 Y premio sólo á la virtud se da.

¿No es tu propia desgracia un argumento
 Contra la fama que dispensa el hombre?
 Di ¿quiénes manchan, sin rubor, tu nombre,
 Sino la envidia vil y el interés?
 Y, si en lugar de infamia, honor te dieran,
 Fuera también el interés su guía,
 Que la versátil muchedumbre impía,
 Aun siendo justa, interesada es.

¿Y quieres gloria, hermano? ¡Oh! ¿qué es la gloria
 Que el mundo puede dar? ¡Ruido de un día!
 ¡Pide á la inmensa fábrica sombría
 De Asirio, Medo, Egipcio, una verdad!
 Reyes, historia, pueblos perecieron;
 El torrente del tiempo con sus olas
 Lavó las letras, y en las piedras solas
 Queda apenas soberbia y vanidad.

Breves siglos bastaron : en la arena
 Yace sepulto el místico alfabeto :
 Huella el camello el ara, que el respeto
 Quizá del orbe entero consagró.
 Sobre la vasta mole derruida
 Tiende el olvido el ala silenciosa,
 Y epitafio elocuente es cada losa
 Del orgullo infeliz que la labró.

¿Y aquí qué queda? Un pueblo de gigantes
 La América adornó de polo á polo,

Y hoy las rüinas entre el monte solo
 Cuentan apenas que ese pueblo *fuè*.
 De la raza de Cíclopes que puso
 En tantas Babilonias su grandeza
 Nada queda, y el bárbaro tropieza
 Con la fábrica muda, y no la ve.

Tal es la gloria humana. Los imperios
 Del tiempo entre los pliegues arrastrados
 Los unos por los otros empujados,
 Brillan, pasan, se olvidan sin cesar;
 Y la gloria del hombre es lantejuela
 Por el orgullo el arenal fiada,
 Cabe un mar borrascoso abandonada,
 Y ahogada por la arena y por la mar.

¡Hermano! y tú, para probarte digno
 De esa vana apariencia transitoria
 Que el lenguaje del mundo llama gloria,
 ¿Vas del suicidio desalado en pos?
 ¿No ves que justificas, desgraciado,
 El mismo bando que tu nombre empaña,
 Y que bien pudo renegar de España
 El que se atreve á renegar de Dios?

Si murieras, tu cínico verdugo
 Dijera : — Le venció el remordimiento, —
 Y hallará en tu suicidio el argumento
 Que hora falta á su negra acusación...
 ¡Oh! si no puedes defenderte vivo
 Y el campo del honor dejas desierto,

¿Quién la defensa emprenderá del muerto
 Que agregara el suicidio á la traición?

¡Pobre Gonzalo! aunque al honor del mundo
 Aspires sólo, tu cobarde muerte
 En la opinión del mundo irá á perderte,
 Que él al temor su admiración no da.
 Ni el cielo tiene caridad que alcance
 Para el cobarde, ni piedad el hombre;
 Y si viviere del suicida el nombre,
 Entre risa y sarcasmos vivirá.

Muera el estoico en duda de si el alma
 Tiene otro estado próspero y dichoso,
 Y diga : — Ó en la nada está el reposo,
 Ó en la inmortalidad la Libertad. —
 Pero viva el cristiano en la desgracia
 Por la inicua calumnia perseguido,
 Diciendo : — Mi *deber* no está cumplido
 Mientras pueda servir la humanidad. —

Huya aquél del dolor, y en su egoísmo
 Lance el sarcasmo á la familia humana,
 Y á los tiranos, cuya fuerza vana
 Reduce á la impotencia con morir.
 Corteje éste al dolor : perdone, y ame
 La mano del traidor que le maltrata,
 Y bendiga al llorar su raza ingrata
 Que el mismo Dios le enseña á redimir.

Si la virtud nadara en el deleite;
 Si el justo con su mérito proscrito

No fuese por el vicio y el delito,
Y no odiasen los hombres la verdad,
La virtud, sin dolor, ni sacrificio,
Ya no fuera virtud, cálculo fuera,
Y en seguirla magnánimo no hubiera,
Ni heroísmo, ni honor, ni aun libertad.

La misión de los buenos en la tierra
Es hacer bien al hombre mientras vivan,
Y bendecir el mal que de él reciban,
Y con amor su ingratitud pagar,
Para que al fin la humanidad rebelde
Por el constante ejemplo entusiasmada,
De tanto ser amada y perdonada
Pueda aprender á perdonar y amar.

Porque sin fe, del interés movida
Y obedeciendo á su razón espuria,
El mérito detesta, y en la injuria
Se deleita la humana multitud...
¡Contempla en aquel breve panorama
De tu linaje la infeliz historia!
Ésos son los anales de la gloria
Con que premian los hombres la virtud,

¡Mira! —

Y ante sus ojos como en confusa fila
Los siglos van pasando de crímenes preñados,
Y muéstranle los hombres que fueron calumniados,
Y atribuló demente la ciega humanidad.
Los unos perseguidos por bárbaros monarcas,
Otros por las repúblicas burlados y malditos,

Y todos infamados y muertos ó proscritos
Tan sólo porque osaron dar culto á la verdad.

De Fidias el ingenio en cárcel tenebrosa
La veleidosa Atenas mantiene aprisionado.
Ladrón le llama el pueblo, y el hombre immaculado
So el peso del oprobio parece de aflicción.
Aristides y Sócrates y el triunfador Milciades
Padecen por el pueblo, y el pueblo los castiga,
Y Corbulón, y Séneca, y Tráseas, enemiga
Encuentran ¡ay! la mano del déspota Nerón.

Allá, de harapos sucios cubierto el cuerpo apenas,
Arrastra su desgracia un ciego pordiosero, [Homero
Y ese hombre anciano, trémulo, ese hombre ¡ay! es
Que va de puerta en puerta solicitando un pan.
Acá el divino Saulo su forma descarnada
Estoico yergue y noble en calabozo estrecho,
Y más allá Camoens en el pajizo lecho
Alcanza ¡ay! una muerte que desdijera á un can.

Aquí en destierro duro, el vate peregrino
Ausente de su patria idolatrada gime.
Y ¿quién es ése? — El Dante, el épico sublime
Que el Cielo y el Infierno y el Purgatorio vió.
Colón á España vuelve cargado de cadenas,
Y fijos en la tierra los humillados ojos,
Se postra ante sus reyes, y pideles de hinojos
Perdón por su pecado — el mundo que les dió.

Los quince siglos últimos descúbrenle sus senos,
Y en ellos, como de árboles, en densa palizada,

Nadar ve los cadáveres de aquella bienhadada
 Familia de los mártires, ministros de Jesús;
 Y ve que el orbe entero aplaude su suplicio,
 Y ve que el orbe entero los juzga criminales:
 Y luego ve que el orbe, lavado en los raudales
 De su bendita sangre, conviértese á la cruz.

Y el mundo con su historia parecele una vasta
 Picota donde el genio y las virtudes gimen,
 Y do el rencor, la fuerza, los vejan, los oprimen,
 Porque del vulgo invidio los bienhechores son.
 Y sin embargo atónito observa que ellos solos
 Alumbran de sus siglos el seno tenebroso,
 Y son como pirámides, que en plácido reposo
 Del tiempo mismo burlan la destructiva acción.

Luego le muestra en masas al Griego y al Romano
 Que hicieron de la guerra su Dios y se negocio,
 Y en siervos y señores entre el dolor y el ocio,
 Tuvieron dividida la abyecta humanidad;
 Y sobre un mar de sangre el edificio vano
 De su grandeza alzarón. Y tiembla y se desploma
 Bajo el Romano Grecia; bajo los cascos Roma
 Del bárbaro caballo que holló su majestad.

Y en pos los siguen rápidos, millones y millones
 De asiáticos idólatras, fanáticos y viles,
 Que pérfidos se arrastran, cual miseros reptiles,
 Esclavos de otras castas, esclavas á su vez.
 Y luego entre mullidos, bordados almohadones
 Los hijos de Mahoma, polígamos sensuales,

Que entre hembras escogidas, en danzas orientales,
 Olvidan de sus pueblos la indigna estupidez.

Luego la escena cambia. De Egipto en las arenas
 Contempla las pirámides que levantó el orgullo.
 La soledad vastísima no tiene ni un murmullo:
 Silencio, muerte, olvido, sólo hay en derredor.
 Y aquí y allí la crítica descubre á duras penas,
 Entre dudosas silabas, los restos de algún nombre,
 Que á pronunciar no atina, ni á descifrar el hombre:
 Y ésa es la gloria única que queda al constructor.

Y ve á Palenque y otros escombros portentosos,
 Que fueron de la América el gigantesco ornato,
 Y ocultan en las selvas su espléndido boato:
 En sus palacios tienen los lobos su cubil;
 Entre los pardos musgos y cactus espinosos,
 Las víboras enroscan sus gélidas sortijas,
 Y trepan descuidadas las verdes lagartijas
 Do alzó algún rey su trono de nácar y marfil.

Luego la escena cambia. Las máximas fecundas
 Del Cristianismo infiltranse en la familia humana,
 Y va desapareciendo la crueldad pagana
 Por la obra de los mártires magnánima y tenaz.
 Minóranse los crímenes: el déspota impotente
 Sin conocerlo cede á la feliz doctrina,
 Y reformado el hombre, la sociedad se inclina
 Ante una ley benévola de caridad y paz.

El lóbrego futuro descúbrele su seno,
 Y ve que el orbe entero el Cristianismo abraza,

Y á impulsos de su espíritu nuestra bendita raza
 El mar y el rayo lleva esclavos á sus pies.
 Va dando al ancho mundo industria, dicha y leyes
 De Cristo el pueblo : le abre la tierra sus entrañas ;
 Somete el mar su mente, y allana las montañas,
 Y le aman Indo, y Chino, y Alarbe, y Japonés.

Del hondo, inquieto, liquido y borrascoso abismo
 Sembrarle ve de redes el cavernoso asiento,
 Por do fulmina eléctrico su excelso pensamiento,
 Que va relampagueando el mundo á iluminar.
 De la opulenta América sentado sobre el Itsmo,
 Descubre un niño tierno, cuya pequeña mano,
 Cual registrando un órgano, al Chino y Circasiano
 Impárteles sus órdenes confiándolas al mar ;

Y ve de nuestras selvas los ríos caudalosos
 Surcados contra vientos y rápidas corrientes,
 Por naves mil, que en hornos, de líquidos hirvientes,
 Derivan la potencia que vence al huracán.
 Y en el amor unidos los pueblos industriosos
 Como á enemigo tienen al déspota egoísta,
 Y en paz y unida marcha del mundo á la conquista
 La raza redimida del infeliz Adán.

Y mil Palenques nuevos esmaltan las praderas
 De América, y agítanse cual ágiles hormigas,
 Unidas y felices, Repúblicas amigas,
 Potentes y pacíficas bajo el poder de Dios.
 La Europa va á sus playas floridas, hechiceras,
 Á mendigar los frutos de su bendito suelo,

Y de uno al otro polo, bajo el cerúleo cielo,
 Hay libertad, industria, sosiego y religión.

Pasó el confuso y raudo panorama
 Y continuó la virgen :

— ¿ Viste, hermano,
 La huella sanguinaria del pagano,
 Y mi huella de paz y de humildad ?
 Elige entre la gloria y el oprobio,
 Y si siembras amor, amor espera ;
 Que así como el rencor rencor genera,
 La caridad engendra caridad.

Sólo mi Dios es sabio : de su ciencia
 Dan triste testimonio Egipto, y Roma,
 Y Zoroastro, y Brahma, y aun Mahoma
 Que vió y no pudo comprender la luz.
 De las naciones que fundó su orgullo,
 La más feliz de todas, la primera,
 Mendigará su ciencia á la postrera
 De las naciones que fundó Jesús.

PRIMER CORO.

SEGUNDO CORO.

¡ Como el relámpago
 Viaje tu espíritu
 Pueblo cristiano !
 ¡ Cese la guerra ;
 Crea el pagano ;
 Sea una en la tierra
 La Humanidad !

Si la obra es lenta
 No desmayemos.
 Dios nos alienta,
 Y triunfaremos
 Con la verdad.